

sazón en que daban sus primicias, y venderlos para hacer algún almuerzo divertido; mas como no quería exponerse y tampoco era muy ligeró, escogióme á mí para esta expedición.

Después de varias zalamerías preliminares que me engañaron tanto mejor cuanto que no veía el fin que llevaban, hizome la propuesta como una ocurrencia del momento.

Yo me negué á ello; pero él insistió, y como nunca supe resistir á las caricias, hube de rendirme al fin. Todos los dias iba por la mañana á coger los mejores espárragos, que llevaba al mercado en donde alguna mujer, conociendo que acababa de robarlos, me lo echaba en cara para obtenerlos más baratos. Lleno de espanto tomaba lo que querían darme por ellos y lo llevaba á Verrat: pronto lo convertía en un almuerzo, que yo había procurado y que se zampaba él con otro compañero; en cuanto á mí, contentándome con algunas sobras, ni siquiera les tocaba al vino.

Este teje-maneje duró algunos dias sin que se me ocurriera robar al ladrón, cobrando mi diezmo del producto. Ejecutaba la picardia con la mayor fidelidad, no llevaba otro objeto que agradar al que me la hacía cometer, y sin embargo, si me hubiesen cogido, ¡cuántos golpes, cuántas injurias y cuán malos tratamientos habria recibido! mientras que el miserable, desmintiéndome, habria sido creído por sola su palabra y héchome castigar con más rigor, por el atrevimiento de disculparme con él, siendo oficial y yo simple aprendiz. He aqui de qué modo en todos tiempos el culpable poderoso escapa á expensas del débil inocente.

Asi fui comprendiendo que no era el robo una cosa tan terrible como habia imaginado; y pronto fué tal el partido que saqué de mi descubrimiento, que nada de cuanto codiciaba estaba seguro á mi alcance. No comía del todo mal en casa de mi amo, y por otra parte la sobriedad no me era penosa sino porque la veía tan poco practicada por los demás. La

costumbre de echar á los niños de la mesa, precisamente cuando se trae lo que más les tienta, me parece un medio muy seguro para hacerles tan golosos como bribones. Una y otra cosa fui yo en poco tiempo, y comunmente me iba muy bien; pero cuando me sorprendían, pésimamente.

Todavía me hace temblar y reir al propio tiempo el recuerdo de una caza de manzanas que me costó muy cara. Estaban colocadas en el fondo de una despensa que recibía la luz de la cocina por una reja bastante alta. Un día que estaba solo, me encaramé para ver en aquel jardín de las Hespérides el precioso frulo que no podia tocar. Fui á buscar el asador para ver si alcanzaria; pero era corto: lo alargué añadiéndole otro más pequeño que servía para la caza menuda, porque mi amo era aficionado á la caza. Piqué varias veces sin provecho; pero al fin, lleno de gozo, sentí que tenía una manzana. Voy tirando con cuidado, la manzana llega ya á la reja, ya está al alcance de mi mano. Mas, ¡oh dolor! era tan grande que no pasaba por los claros de la reja. ¡Cuántos medios puse en juego para cogerla! Fué preciso hallar un sustentáculo para mantener el asador, un cuchillo bastante largo para partir la manzana, una pala para sostenerla. Á fuerza de tiempo y destreza, al fin logré partirla, para ir sacando los trozos uno á uno: pero aun no acabé de dividirla, cuando las dos mitades cayeron dentro de la despensa. ¡Oh tú, compasivo lector, conduélete de mi aflicción!

No me descorazoné por esto; pero habia perdido mucho tiempo, y temeroso de verme sorprendido, dejé para el dia siguiente probar nueva fortuna, y volví á mi trabajo tan sereno como si nada hubiese hecho, sin pensar en los indiscretos testigos que habian quedado en la despensa y me acusaban.

Al siguiente dia, hallando nueva oportunidad, tenté un nuevo ensayo. Subo sobre mi caballete, alargo el asador y lo sujeto; ya estaba á punto de pillar una manzana... Por desgracia ei

dragón no dormía : se abre la puerta de la despensa de repente: aparece mi amo, cruza los brazos, me mira y dice : ¡ Adelante !... Se me cae la pluma de las manos.

Á fuerza de sufrir malos tratamientos, pronto me fué menos sensible ; me parecían una especie de compensaciones del robo, que me daban pie para continuar. En vez de mirar hacia atrás para ver el castigo, miraba hacia adelante para ver la venganza. Juzgaba que tratarme como á un pillo era autorizarme para serlo. Hallaba que iban juntos el robo y el castigo y constituían las cosas de tal modo que, llenando yo la parte que me correspondía, quedaba lo demás al cuidado de mi amo. Discurriendo así, me dediqué á robar más tranquilamente que antes. Decía yo para mí : ¿Qué puede suceder ? Recibiré una paliza. Bueno : yo he nacido para esto.

Me gusta comer, sin ser comilón ; soy sensual, pero no goloso. Bastantes otros gustos me distraen de éste ; nunca me he ocupado de la boca sino cuando mi corazón ha estado ocioso ; y esto me ha sucedido tan raras veces durante toda mi vida, que me ha quedado muy escaso tiempo para pensar en los buenos bocados. Por esto mi rapacidad se limitó á las golosinas tiempo muy breve, y pronto se extendió á cuanto me tentaba ; y si no llegué á ser un ladrón en toda regla, fué porque nunca me atrajo mucho el dinero. Dentro del taller común mi amo tenía otro reservado para sí, que cerraba con llave : yo encontré medio de abrir y cerrar la puerta sin que se conociera. Allí ponía á contribución sus buenas herramientas, sus mejores dibujos, sus grabados, todo lo que parecía alejar de mí y yo codiciaba. En el fondo, esos robos eran inocentes, porque al fin los hacía para emplearlos en servicio suyo : yo saltaba de gozo con tener en mis manos aquellas bagatelas ; me parecía apoderarme del talento al coger sus productos. Por lo demás, había en cajitas recortes de oro y de plata, dijes, objetos de valor y dinero. Tener cuatro ó cinco sueldos en el bolsillo,

va era mucho para mí ; con todo, lejos de tocar nada de aquello, no recuerdo que nunca hubiese dirigido allí una mirada codiciosa ; al contrario, lo veía más bien con espanto que no con gusto. Creo firmemente que este horror á robar dinero y á lo que podía producirlo procedía en gran parte de mi educación, porque en él iban envueltas vagas ideas de infamia, de prisión, de tormentos y patíbulo, que á tener semejante tentación me habrían horrorizado ; mientras que mis maldades me parecían travesuras, y no eran otra cosa ciertamente. Todas ellas no merecían más que una buena tunda de mi amo, y á esto me atenía de antemano.

Pero, lo repito, no codiciaba lo bastante para tener que contenerme ; no sentía en mí necesidad de dominarme ; no tenía necesidad de luchar conmigo mismo para enfrenar mi codicia.

Un solo pliego de papel bueno para dibujar me tentaba más que el dinero para una resma. Esta rareza es debida á una singularidad de mi carácter que ha influido tanto en mi conducta, que no puedo menos de explicarla.

Mis pasiones son tan vehementes, que mientras estoy por ellas dominado, mi impetuosidad no tiene límites : entonces no conozco miramientos, ni respeto, ni temor, ni decoro ; entonces me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido ; no hay empacho que me detenga ni peligro que me espante ; fuera del objeto que me preocupa, para mí no existe el mundo. Pero esto es sólo en el momento ; inmediatamente después caigo anonado. En los periodos de calma soy la indolencia y la timidez mismas ; todo me espanta, todo me desanima ; me asusta el vuelo de una mosca ; alarma mi pereza tener que hacer un gesto, ó una palabra que decir ; el temor y la vergüenza me subyugan hasta tal extremo que quisiera hacerme invisible á todos los mortales. Cuando conviene obrar, no sé qué hacer ; si hablar, no sé qué decir ; si me miran, me turbo. Apasionado, doy á veces con lo que debo decir ; pero en la conversación ordinaria,

nada, absolutamente nada encuentro que decir; me es insoponible por el mero hecho de que me obliga á hablar.

Añádase á esto que ninguno de mis gustos puede satisfacerse con dinero. Necesito goces puros, y el oro los envenena todos. Por ejemplo : me gustan los placeres de la mesa; pero, no pudiendo sufrir las molestias de la etiqueta, ni la crápula de las tabernas, sólo puedo disfrutarlos con un amigo, porque solo me es imposible. En este caso mi imaginación se ocupa en otras cosas y no hallo ningún goce en el comer. Si el ardor de la sangre me excita á los placeres sensuales, mi corazón conmovido exige algo más que amor. Comprado, perdería á mis ojos su encanto, y dudó que pudiese aprovecharlo. Lo propio me sucede con todos los placeres que se hallan á mi alcance: pagados, son desabridos. Sólo me gusta lo que no pertenece más que al primero que sabe gozarlo.

El oro nunca me ha parecido tan precioso como se supone. Hay más, nunca me ha parecido muy cómodo : por sí misma para nada sirve; para gozar de su posesión es preciso transformarlo; hay que comprar, regatear, verse engañado muchas veces, pagar bien para ser mal servido. Quisiera una cosa buena por su calidad : con mi dinero estoy seguro de obtenerla mala. Compró caro un huevo fresco y me lo dan pasado; una magnífica fruta, me resulta verde; me agrada una mujer, está deteriorada; me gusta el buen vino, pero, ¿dónde lo encuentro? ¿en una taberna? Donde quiera que sea me darán veneno. ¿Quiero estar bien servido? ¿cuántos apuros, cuántas dificultades! ¿Tener amigos, correspondencia, hacer encargos, escribir, ir y venir, esperar; y al fin, por punto general verse, engañado. ¡Cuánto embarazo con mi dinero! Es más de temer que de estimar el buen vino.

Durante y después de mi aprendizaje, tuve mil veces el deseo de comprar alguna golosina. Me llegaba á una confitería, veía mujeres en el mostrador, ya me figuraba verlas reirse

del golosillo. Pasando junto á frutería, observo de reojo unas hermosas peras, que exhalan un perfume tentador; en seguida veo dos ó tres mancebos que me miran, ó se encuentra allí delante un conocido; ó veo de lejos venir una muchacha, ¿no es la criada de casa? Mi vista corta me engaña á cada instante. Todos los que pasan me parecen conocidos; siempre intimidado, contenido por algún obstáculo; crece mi cortedad con mi deseo, y me vuelvo hecho un estúpido, devorado por el ansia y sin haberme atrevido á comprar nada, teniendo con qué.

Descendería á los más insulsos detalles si explicase el engorro, la vergüenza, la repugnancia, los inconvenientes y disgustos de todos géneros que siempre he experimentado en el empleo del dinero, ya fuese para mí, ya para otra persona. El lector lo irá comprendiendo, sin que me tome la pena de decirselo, á medida que vaya conociendo mi carácter por el curso de mi vida.

Esto entendido, se comprenderá fácilmente una de las pretendidas contradicciones de mi carácter, la de reunir una avaricia casi sórdida al mayor desprecio del dinero. Es para mí un mueble tan molesto, que ni aun me atrevo á desear el que no tengo, y cuando lo poseo estoy mucho tiempo sin gastarlo, por no saber emplearlo á mi gusto; pero cuando se presenta ocasión agradable y oportuna, la aprovecho de tal modo, que mi bolsa queda vacía sin que yo lo note. Pero no se hallará en mí el defecto de los avaros, de gastar por ostentación; al contrario, lo hago secretamente y para recrearme : en vez de gloriarme de ello, lo oculto. Estoy tan penetrado de que el dinero no se ha hecho para mi uso, que me avergüenzo de tenerlo, cuanto más de servirme de él. Si por ventura hubiese tenido una renta suficiente para vivir cómodamente, de seguro que jamás hubiera tenido la menor sombra de avaricia; disiparía mi renta por entero sin pensar en aumentarla : pero me tiene con temor mi situación precaria. Adoro la libertad, y abo-

rezco la molestia, la fatiga y la sujeción. Mientras me queda algún dinero, no he de temer por mi independencia, y me dispensa de empeñarme en procurármelo nuevamente, necesidad que me pareció siempre horrible: así que, temeroso de verlo pronto agotado, lo sepulto. El oro que se tiene es instrumento de libertad; el que se busca lo es de servidumbre. He aquí por qué lo encierro y nada codicio sin embargo.

Mi desinterés, por tanto, no es sino pereza; el gusto de poseer no vale el trabajo de adquirir; mis disipaciones mismas no son más que efectos de la pereza; cuando se presenta oportunidad de gastar á satisfacción, no puede aprovecharse demasiado. Menos me importa el dinero que los objetos, porque entre aquél y la cosa deseada siempre se halla un intermediario; mientras que entre el objeto y el que lo desea no existe nada. Veo el objeto y me tienta; pero si no veo más que el medio de poseerlo, ya no lo deseo. Por consiguiente, he sido ratero y aun hoy día lo soy alguna vez, de bagatelas que me tientan y que prefiero tomar á pedir las; pero no recuerdo haber tomado nunca un ochavo de nadie, salvo una vez, no hace quince años, que hurté siete libras y diez sueldos. La aventura vale la pena de contarse, porque contiene un conjunto imperdonable de estupidez y descaro, que difícilmente creería, si me lo contaran de otra persona.

Ocurrió en París. Paseábame por el *Palais-Royal* con el señor de Francueil, á eso de las cinco de la tarde. Miró su reloj y me dijo: «Vamos á la Ópera. Convenido, vamos.» Toma dos butacas de anfiteatro, me entrega una y sigue adelante; entra y yo le sigo. Encuentro ocupada la entrada, miro á uno y otro lado, veo que todo el mundo está todavía en pie; pienso que podría perderme entre tanta gente, ó que por lo menos podría creerlo así el señor de Francueil, y saliendo nuevamente, tomo el importe de mi billete y me largo, sin pensar que, apenas habría salido cuando estaría sentado todo el mundo y

que entonces el Sr. Francueil vería claramente que yo había desaparecido.

Como nada estuvo más lejos de mi ánimo que un hecho semejante, lo consigno para demostrar que hay momentos de desvarío, durante los cuales no puede juzgarse á los hombres por sus acciones. Esto no era precisamente robar dinero, sino desviarlo de su destino: cuanto menos tenía de robo tanto más tenía de infamia.

Nunca acabaría, si quisiese seguir todas las sinuosidades, porque durante mi aprendizaje pasé de la sublimidad del heroísmo á la vileza de un bribón. Pero aunque tomé todos los vicios propios de mi estado, siempre me fué imposible tomar sus aficiones. Las diversiones de mis compañeros me aburrían, y cuando la excesiva sujeción me hubo disgustado del trabajo, todo me fastidiaba; y esto me trajo nuevamente la afición á la lectura que había olvidado hacía mucho tiempo; para satisfacerla usurpaba el tiempo al trabajo, resultando por tanto un nuevo delito que me costó nuevos castigos. El gusto, exaltado por la contrariedad, se convirtió en pasión y á poco en frenesí. Una mujer llamada la Tribu, famosa alquiladora de libros, me los proporcionaba de todas clases. Bueno y malo, todo pasaba; yo no escogía nunca; todo lo leía con idéntica avidez. Leía en el taller, leía por el camino siempre que me enviaban; leía en el retrete horas enteras olvidándome de todo; á fuerza de leer se me iba la cabeza, y no hacía más que leer continuamente. Mi amo me vigilaba, me atrapaba, me pegaba y me cogía los libros. ¡Cuántos volúmenes fueron rasgados, abrasados ó tirados por la ventana! ¡Cuántas obras quedaron truncadas en casa de la Tribu! Cuando no tenía con que pagarla, le daba las camisas, las corbatas, los vestidos; cada domingo le entregaba sin falta los tres sueldos que me daban de regalo.

Acaso se me dirá: he ahí el dinero hecho necesario. En

efecto; pero eso fué cuando la lectura me hubo privado completamente de la actividad. Completamente entregado á mi nuevo gusto, no hacía más que leer, ya no robaba nada. Y véase ahora otra de mis diferencias características. En los momentos en que más sujeto me tiene un hábito, la cosa más pequeña me distrae, me cambia, me domina, y por fin me apasiona; entonces todo queda olvidado; sólo pienso en el nuevo objeto que me preocupa. El corazón me latía de impaciencia por hojear el nuevo libro que llevaba en mi bolsillo; sacábalo tan pronto como quedaba sin testigos, y ya no me acordaba de registrar el gabinete de mi amo.

Creo que aun cuando mis pasiones hubieran sido más costosas, nunca hubiera robado. Por ejemplo, en el presente caso, estaba muy lejos de pensar en valerme de semejante medio para lo sucesivo. La Tribu me fiaba, los anticipos eran muy escasos; y cuando tenía el libro, ya no me acordaba de nada; pero asimismo pasaba á esta mujer todo el dinero que me venía naturalmente, y cuando me pedía con premura, nada tenía tan á mano como mis efectos. Robar de antemano hubiera sido harta previsión, y lo que es hacerlo para pagar, ni tentación siquiera.

Á fuerza de altercados y de golpes, de lecturas á hurtadillas y mal escogidas, mi carácter se volvió taciturno y salvaje; empezaba á trastonarse mi cabeza, y vivía como un hurón. Con todo, si bien es verdad que mi gusto no me preservó de las lecturas insustanciales y desabridas, tuve la fortuna de no entregarme á la de libros obscenos y licenciosos; no porque la Tribu, mujer en extremo tolerante bajo todos conceptos, tuviese escrúpulo en prestármelos, sino porque á fin de darles importancia, me los nombraba con un aire de misterio, que cabalmente me obligaba á rehusarlos, así por repulsión como por vergüenza; y la suerte fué tan favorable á mis púdicos instintos, que á los treinta años aun no había

pasado los ojos por ninguno de esos peligrosos libros que una elegante mujer de mundo encuentra incómodos porque no puede leerse sino á hurtadillas.

En menos de un año agoté el mequino almacén de la Tribu, y entonces me hallaba en mis ocios extremadamente fastidiado. Curado de mis gustos de niño y de pilluelo por el de la lectura, y hasta por efecto de lo que leía, pues aunque fuese desordenado y muchas veces malo, elevaba, sin embargo, mi corazón á sentimientos más nobles que los adquiridos en aquel mi estado; todo lo que á mi alcance había me disgustaba, y viendo harto lejos cuanto pudiera tentarme, nada veía capaz de halagar mi corazón. Mis sentidos, alterados hacia ya mucho tiempo, me pedían un goce que ni siquiera imaginaba en qué pudiera consistir: tan ajeno estaba del verdadero objeto, como si hubiese carecido de sexo, y ya en la pubertad y lleno de sensibilidad, pensaba alguna vez en mis locuras, pero nada veía más allá.

En tan extraña situación, mi inquieta fantasía tomó un partido que me salvó de mí mismo, calmando mi naciente sensualidad. Consistió en alimentarse de las situaciones que me habían interesado en mis lecturas, recordarlas, variarlas y combinarlas, apropiármelas de tal modo que yo me convirtiese en uno de los personajes que imaginaba; que me viese colocado en las situaciones más adecuadas á mi gusto; en fin, que el estado ficticio en que lograba encontrarme me hiciese olvidar el verdadero, de que tan pesaroso estaba. Este cariño por los objetos imaginarios y la facilidad de embeberme en ellos acabaron de disgustarme de cuanto me rodeaba y determinaron este amor á la soledad que desde entonces jamás me ha abandonado.

Más de una vez se verán, en lo que sigue, los particulares efectos de esta predisposición tan misantrópica y sombría al parecer, pero que en realidad es hija de un corazón por demás

afectuoso, amante y tierno, que, no hallando otros que se le parezcan, se ve precisado á alimentarse de ficciones. Me basta, por ahora, haber indicado el origen y primera causa de una inclinación que ha modificado todas mis pasiones, y que, contentiéndolas por medio de ellas mismas, siempre me ha hecho perezoso para obrar, por excesivo ardor en el deseo.

Así llegué á los diez y seis años, inquieto, cansado de todo y de mí mismo, fastidiado de mi situación, ajeno á los placeres propios de aquella edad, devorado por deseos cuyo objeto ignoraba, llorando sin motivo determinado, suspirando sin saber por qué; en fin, acariciando tiernamente mis quimeras, porque nada veía en derredor que les fuese equivalente. Venían todos los domingos mis compañeros á buscarme, al salir de la iglesia, para que fuera á divertirme con ellos. Si hubiese podido excusarme, lo habría hecho de muy buena gana, pero una vez engolfado en sus juégo, me entusiasmaba más que todos ellos, y era muy difícil sosegar me ni detenerme. Por este tenor he sido constantemente: cuando íbamos á paseo fuera de la ciudad, seguía siempre adelante sin acordarme de la vuelta, á menos que los demás pensasen por mí. Dos veces llegué á la ciudad cuando estaban las puertas ya cerradas y tuve que quedarme fuera. Puede imaginarse cómo fui tratado al día siguiente; y me prometieron tal acogida para la tercera, que me propuse no exponerme á la prueba; sin embargo, esta temible reincidencia hubo de llegar un día. Mi vigilancia fué burlada por un maldito capitán llamado Minutoji que siempre cerraba la puerta donde estaba de guardia media hora antes que los otros. Volví yo con dos compañeros, cuando á media legua de la ciudad oigo la retreta y redoblo el paso; suena el tambor y corro desalado; llego sin aliento y sudando á mares; el corazón me latía fuertemente; distingo de lejos á los soldados en sus puestos, corro gritando con sofocada voz, pero ya era tarde. Á veinte pasos de la avanzada, veo levantar el pri-

mer puente, y me estremezco al espectáculo de aquellas terribles astas que se mueven, siniestro y fatal augurio de la desdichada suerte que en aquel momento empezaba para mí.

En el primer arrebato de dolor, dejéme caer en el glacis y mordí la tierra; mis compañeros, riéndose de su desgracia, tomaron su partido desde luego. Yo también tomé el mío, pero fué muy diferente. Juré allí mismo no volver á casa de mi amo; y cuando al abrirse las puertas entraron en la ciudad, me despedí de ellos para siempre, encomendándoles solamente que participasen á mi primo la resolución que había tomado y el sitio donde podría verme por última vez.

Cuando entré de aprendiz, hallándonos más separados que antes, nos veíamos menos. Durante las primeras semanas todavía nos juntábamos todos los domingos; pero cada cual fué tomando insensiblemente diferentes hábitos, y así nos fuimos alejando, á lo que su madre contribuyó mucho seguramente. Él pertenecía á la clase elevada, mientras que yo, mezquino aprendiz, formaba entre los trabajadores. No había entre nosotros igualdad, á pesar del nacimiento, y tratarse conmigo era rebajarse. Con todo, nuestras relaciones no cesaron completamente; pues, como tenía buenos sentimientos, se dejaba guiar á veces por su corazón, á pesar de las sugerencias de su madre. Acudió tan luego como supo mi designio, mas no para disuadirme ni para seguir mi suerte, sino para proporcionarme un lenitivo trayéndome algunos regalos, porque mis recursos no me permitían ir muy lejos. Dióme entre otras cosas una espada pequeña de la que estaba prendado y que llevé hasta Turín, donde la necesidad me obligó á venderla, pasándomela, como vulgarmente se dice, á través del cuerpo.

Cuanto más he reflexionado después sobre la conducta que mi primo observó conmigo en ocasión tan crítica, más me he convencido de que obró por consejo de su madre y quizás también de su padre; porque es imposible que, siguiendo sus

propias inspiraciones, no hubiese hecho ningún esfuerzo para detenerme, ó no hubiese tenido deseos de venirse conmigo: pero todo lo contrario; en vez de disuadirme, todavía me animó á llevar á cabo mi proyecto; y cuando me vió resuelto firmemente, se separó de mí sin costarle muchas lágrimas. Nunca más nos hemos visto ni escrito, y es lástima, porque tenía un carácter esencialmente bueno y habíamos nacido para amarnos.

Séame permitido, antes de abandonarme á la fatalidad de mi destino, volver un instante los ojos hacia el que me aguardaba naturalmente, si hubiese ido á parar en manos de mejor amo. Nada más conforme á mi carácter, ni más propio para hacerme dichoso que la oscura y tranquila posición de un buen artesano, sobre todo la de ciertas clases, como la del grabador en Ginebra. Bastante lucrativo para proporcionar una subsistencia cómoda, y poco á propósito para enriquecerse con ella, habría limitado para siempre mi ambición, y dejándome bastante espacio para entregarme á sencillos recreos, me habría encerrado dentro de mi esfera, sin ofrecerme ocasión para salirme de ella.

Dotado de una imaginación bastante rica para revestir con sus quimeras cualquier posición, capaz de transportarme, digámoslo así, de una posición á otra á medida de mi gusto, poco me importaba aquella en que realmente me hallase. La distancia que mediara entre mi situación real y cualquier castillo en el aire no podía ser tan grande que no me fuese facilísimo salvarla. De aquí se sigue que la situación que mejor me convenía era la que exigiese menos bullicio y cuidados, que dejara el espíritu más libre; y esto era cabalmente la mía. En el seno de mi religión, de mi patria, mi familia y mis amigos, habría vivido tranquila y dulcemente cual convenía á mi carácter, en la monotonía de una ocupación grata y de una

sociedad propia para mi corazón. Habría sido buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo, buen artesano, hombre de bien, en una palabra. Hubiera vivido satisfecho de mi profesión, quizás le hubiera hecho honor; y al fin de una vida oscura y sencilla, pero dulce y uniforme, hubiera muerto en paz rodeado de mis deudos y amigos; y aunque olvidado al poco tiempo, á lo menos habría sido llorado mientras se hubiese conservado mi memoria.

En lugar de todo esto... ¡Qué espectáculo voy á presentar! ¡Oh! no nos anticipemos en hablar de las miserias de mi vida; harto tendré que ocupar con tan triste motivo la atención de mis lectores.